

TRIBUNA DE

LA VANGUARDIA

LOS SIGNOS Y LAS COSAS INFORMACION Y CONVIVENCIA

La cortesía y la cautela en adjetivar, el uso técnico y matizado de las palabras y de los silencios, el arte del lenguaje verbal y del no verbal, todo esto me parece una exigencia fundamental en una sociedad avanzada. Sin embargo, todo esto no parece ser lo que más priva. En nuestro país, especialmente, lo que priva es el alegre vicio de adjetivar sin disponer de una mínima información. Muy particularmente en política. Las discusiones políticas se parecen bastante a las discusiones familiares. Por algún extraño mecanismo las partes en litigio suelen encontrar infaliblemente aquellas palabras que más mortifican al adversario. Pienso, pues, que quienes se meten en los asuntos políticos (sea de un modo actual o potencial, directo o indirecto) deberían reflexionar sobre el uso y el abuso de las palabras.

Lo primero es recordar que en esta segunda mitad del siglo XX hemos dejado atrás la era mecánica para adentrarnos en la era informacional, y que en una sociedad presidida por el concepto de información resulta enormemente delicado el tratamiento de los signos que conducen esta información. La información puede ser hoy tan relevante y peligrosa como antaño lo fue la energía. En nuestro sofisticado mundo de relaciones, el cuerpo social se orienta ante todo por los mecanismos, canales y circuitos de la información. La información da sentido a los actos, a los hechos y a los acontecimientos. La información, como decía el padre de la cibernética, Norbert Wiener, no es ni materia ni energía; es una noción irreducible. Ilustrémoslo con un ejemplo. Si el pie de un caminante choca contra una piedra, la energía se transfiere del pie a la piedra y esta última se desplaza siguiendo leyes mecánicas perfectamente determinables. Si, por el contrario, el pie de un caminante choca con un perro, los resultados van a ser bastante más imprevisibles. El perro posiblemente se revolteará y hasta cabe que le hinque un diente al pie del caminante. ¿Cuál habrá sido la diferencia

entre estos dos fenómenos que físicamente son idénticos? Evidentemente la diferencia reside en la información. Aparte la transmisión de una energía a través de un puntapié, lo que el perro recibe es una información; en el caso que nos ocupa, una información con contenido agresivo. A través del puntapié, el caminante ha comunicado algo al perro y el perro ha reaccionado, no ante la energía mecánica recibida, sino ante la información y la interpretación de la misma.

Todo esto parecerá elemental, pero en rigor se trata de algo sumamente relevante. En las épocas de penuria informacional, o de pobreza de los medios de transmisión de señales informativas, los políticos y las personas en general podían permitirse el lujo de no cuidar demasiado sus palabras. La demagogia se perdía en el espacio acústico de quien la practicaba y los efectos retroactivos de la misma terminaban por diluirse. Mucha gente, refiriéndose a las discusiones, solía decir: «En el fondo sólo se trata de discusiones de palabras». Algunos siguen pensando así. Pero la verdad es que, como han mostrado la moderna lingüística, la antropología estructural y la obra de Freud, el lenguaje, el sistema lingüístico, es el lugar donde se proyectan todos los paradigmas, presiones y representaciones más profundas de la cultura. Para hacer las cosas todavía más complicadas, las palabras son signos ambivalentes que a menudo sólo cumplen la función de enmascarar aquello que realmente parecen decir. Sometidos a las múltiples presiones de los sistemas colectivos que nos poseen, cada uno de nosotros hace y dice más lo que puede que lo que quiere. Casi nadie consigue decir lo que quiere. El lenguaje es ambivalente y particularmente traidor. Nos pasamos la vida diciendo algo y significando otra cosa.

Ahora bien; lo queramos o no, la comunicación nos afecta de continuo. Hagamos lo que hagamos, y tanto si hablamos como si callamos, constantemente estamos emitiendo mensajes.

Se ha escrito que incluso para comprenderse a sí mismo el hombre necesita también comprender al otro.

Estamos pues en comunicación constante y cualquier comportamiento nuestro lleva, lo sepamos o no, una carga informativa y comunicativa, verbal o no verbal. Los expertos en teoría de la comunicación nos han ilustrado sobre la infinidad de paradojas y malos entendidos que se producen cuando mezclamos los diversos niveles de lenguaje, o cuando lo que decimos se contradice con el modo como lo decimos. Constantemente enviamos mensajes desde diversos niveles, códigos y formas. Hay un lenguaje manifiesto y otro latente, uno «sigilal» y otro «analógico». Lo cual hace que la confusión aumente, pues constantemente nos vemos sometidos a la presión inconsciente de tener que traducir de uno a otro lenguaje y es sabido que toda traducción se hace al coste de una gran pérdida en información.

Conviene cobrar conciencia, pues, de que la mayoría de las discusiones son ante todo discusiones desde el lenguaje y que las discusiones de palabras son tanto más peligrosas cuanto que tienen una cierta apariencia de no ser auténticas discusiones. Pero los propios marxistas admiten hoy que el lenguaje no puede interpretarse como una mera superestructura. El lenguaje es un fenómeno más irreducible en el cual se proyectan los paradigmas más profundos de la cultura. En consecuencia, es preciso cuidar las palabras y es preciso cobrar conciencia de la relevancia de este cuidado, igual que se ha cobrado conciencia de la necesidad de usar desodorantes o dentífricos. Y aquí no ya por cuestiones de higiene sino por exigencias de una sistemática nueva que es la sistemática de la información.

Los políticos, particularmente, deberían comprender que la gente se encuentra bastante fatigada de cualquier tipo de demagogia, de un

juego político excesivamente agresivo, polémico o de picapleitos. En otra ocasión me referiré a lo que cabría llamar el nacimiento de una contrapolítica (en el mismo sentido en que se habla del nacimiento de una contracultura) y que podría explicar la apatía de una gran parte del cuerpo social. En efecto, muchas personas piden hoy la recuperación de una relación real entre hombre y hombre y entre hombre y medio ambiente; una relación que no esté previamente mediatizada por un código mostroneo, sino que en cierto modo pueda prescindir, incluso, del intermediario de todo código. Es lo que, en otro contexto, el economista francés Jacques Attali ha llamado deseo de información relacional. A mucha gente le resulta tedioso que en cuanto un líder político de determinada tendencia abre la boca se pueda saber ya de antemano las letanías que va a recitar. El siglo XX habrá sido un siglo de grandes innovaciones en física teórica, biología, astronáutica, ciencias de la información; pero no es probable que pase a la historia por su imaginación política.

Necesitamos un cierto margen para la creatividad y el azar. Lamentablemente, el funesto vicio de etiquetar procede de un desconocimiento de la lógica de la complejidad, de la noción de ecosistema, de la conciencia ecológica, de la teoría de la comunicación. Y todos estos desconocimientos, que de por sí ya son bastante graves, pasan a ser sumamente inquietantes cuando se albergan en hombres relacionados con la cosa pública, o con la información sobre la cosa pública, y que utilizan las palabras como si fueran pajaritos de papel. Porque las palabras no son pajaritos de papel. Las palabras, y los códigos que hacen referencia, son el vehículo por excelencia de la comunicación. Y en la comunicación (y en la metacomunicación) está el meollo de la convivencia.

Salvador PANIKER

LO QUE HAY QUE LEER CAPACIDAD DE CULTURA

Un sociólogo —y de los que, a ratos, cuantifican— hizo, años atrás, el cálculo de los libros que necesariamente tendría que leer «un joven profesor de treinta años que enseña Literatura en una Universidad». Para estar a la altura de su docencia, de las conversaciones que implica su ambiente, de lo que de vez en cuando haya de publicar, el hipotético profesor en cuestión debería de haber digerido unos mil quinientos volúmenes. En todo caso, haberlos hojeado con un mínimo de sagacidad, que le permita referirse a ellos con «conocimiento de causa». Se trataría, en principio, no de lecturas especializadas, sino de aquellas consideradas «indispensables» a nivel incluso de estudiantes. O sea: cuatro o cinco novelas de Dostoyevski, otras tantas de Proust, de Dickens, de Balzac, de Tolstói, media docena de piezas de Shakespeare, el «Quijote», el «Ulises», «Le Rouge et le Noir», un poco de la «Comedia» al menos, el «Faust», y una larga serie de poetas de aquí y de allá, y los clásicos-clásicos, Homero, la Biblia, Sófocles, Virgilio, Platón, y todo lo demás. Mil quinientos títulos, al parecer, no es una cifra exagerada. Si se le añade a eso lo que el susodicho profesor estaría obligado a leer para mantenerse al día en las novedades bibliográficas de su ramo, otros mil quinientos libros se le vienen encima...

Pongamos que nuestro individuo comenzase a leer en serio cuando iba por los diecisiete o los dieciocho: rebajar el tope equivaldría a situarnos en el supuesto del «niño prodigio», que no es lo que importa. Los tres mil libros previstos podrían ser distribuidos en treinta años: de alrededor de los veinte a alrededor de los cincuenta. Porque si a los cincuenta el profesor-módulo no leyó todo eso, y más, y yo diría que «si a los treinta no lo ha leído», su magisterio será o habrá sido una pura estafa. Lo cual significa que el pobre megaterio literario tiene asignado un cupo anual de cien libros, aproximadamente, si no me equivoco: un libro cada tres días, descontando los domingos. Desde luego, hay libros cortos y libros largos, pero vaya lo uno por lo otro. Y no todo acaba ahí. Porque el desgraciado profesor que contemplamos es un fulano como usted y como yo, y ha de leer, aunque sólo sea por una inevitable curiosidad, el diario y alguna que otra revista semanal entretenida, política o no, y, para desengrasar, alguna novela de ladrones y policías, de ovnis o de erotismos estimulantes. ¿Cómo se las arreglará? Y no olvidemos que la «cultura» —ni siquiera la literaria— consiste sólo en leer. Hay que escuchar música, ir al cine, visitar alguna exposición...

Bueno: echo por delante el caso de un profesor de Literatura. Me temo que sean muchos los que cobran en nómina con dicho grado —el mundo está lleno de Universidades— sin haberse leído los tres mil libros imprescindibles. Ni a los treinta ni, a menudo, a los cincuenta años. Y así le luce el pelo a la profesión. ¿O es pedir demasiado? Los más honorables especialistas, a fuerza de ser monográficos, se ven privados de perspectivas y referencias elementales, y ocurre que el señor que explica la novela del Ochocientos no tiene ni idea de Eurípides o del Petrarca, ni los expertos en versificación medieval saben nada

de Kafka, de Rimbaud o de Faulkner... Hay que imaginar situaciones semejantes en los ejercientes de cátedras no literarias: un físico, un economista, un biólogo, un matemático, lo que sea. Tal vez éstos quedan eximidos de leer a los clásicos de su disciplina respectiva, en la medida en que habrán dejado de estar vigentes. Lo ignoro... Pero ¿y el ciudadano normal, el que no es «profesor» ni de Universidad, ni de ninguna otra institución? ¿A eso quería venir. Porque la lectura no es sólo un «deber» de la fauna oficialmente letrada.

¿Cuántos libros tendrá que leer un ciudadano para merecer el adjetivo de «culto» o, si se quiere, con el adverbio, «medianamente culto»? Carezco de noticias acerca de si alguien ha hecho las cuentas. Que serían terriblemente difíciles de hacer, lo reconozco. En primer lugar, se tropezaría con la noción misma de «ciudadano», falsa y turbia. En una sociedad de clases —y todavía está por establecer una que no lo sea—, las posibilidades de acceso a la cultura dependen de la instalación digamos económica de cada cual. No hará falta insistir sobre el particular: entre un notario y un minero, entre un obispo y una jornalera de «night club», entre un «cuadro» con buen sueldo y un barrendero, entre un cirujano y un labriego, entre un abogado del Estado y un chófer de camión, entre tal y cual, las diferencias son evidentes. Para leer se necesitan tiempo y libros: dos factores que, pese a las beneficencias públicas mejor o peor encauzadas, siguen siendo privilegios innegables. Y más: el propio gusto por la cultura. Es también, en general, consecuencia de una educación culta, que únicamente proporciona la circunstancia de un hogar acomodado. Hoy por hoy, si más, no. Y con tantas excepciones como quepa alegar. La cultura no ha dejado de ser un «patrimonio», una propiedad privada, ni siquiera en los países de organización tendencialmente igualitaria.

Acostumbramos a manejar el fantasma del «lector culto» —del «ciudadano culto»— para entendernos, y hacemos trampa. No digo que no exista el espécimen. Yo, sin ir más lejos, soy un «ciudadano culto», o «medianamente culto», y lo es, obviamente, usted, que me lee y me ha seguido hasta aquí. Pero no podemos olvidar que lo somos por una u otra razón, anecdóticamente diversa, sin duda, aunque siempre —repite— «privilegiada». Ciertas demagogias juveniles, amablemente universitarias, suelen embrollar el planteamiento, a base de una amnesia personal que sería injuriosa para el proletariado si no fuese un episodio típicamente burgués. Pienso en las juergas «revolucionarias» más aparatosas, protagonizadas por los «fils à papa» de siempre. El famoso Manifiesto del 1848 terminaba con el eslogan de «¡Unidos!»: los redactores del papel utilizaron la segunda persona del plural del Imperativo. Marx y Engels, burgueses —el uno menos, el otro más—, se abstuvieron de proferir «¡unámonos!»; un «¡unámonos!» que habría sido capcioso cuando el sujeto de la oración era «proletarios». En las sudadas, agotadoras sobre la «cultura» y el «pueblo», las mejores intenciones arrastran un claro vicio de origen. Pues eso. Al hablar de «cultura», de momento, nos movemos en un área específicamente calificada por la estructura social. Y la cultura es la «Odisea», el «Dis-

cours de la Méthode». Piero della Francesca, Bach, Voltaire, «Das Kapital», y la aspirina. Sobre todo, la aspirina.

¿Entonces...? Prosigo mi argumento. Un «ciudadano culto», de los que disfrutan —algunos, a trancas y barrancas, disfrutando— la oportunidad de serlo, ¿qué tendrá que leer para ajustarse a la etiqueta y a su función? La lista de textos podría comenzar, ya que en ello estamos, por la literatura. La literatura no es toda la «cultura», desde luego. Ni de buen trozo. Nadie será «medianamente culto» si descarta, de su atención, el cine, la música, las artes plásticas. ¿Y la ciencia? Admito, de trámite, que es «ciencia» todo lo que en las Facultades recibe este nombre. Naturalmente, las «ciencias humanas», o las «ciencias sociales», y demás pirulines académicos, resultan de una «cientificidad» más bien deplorable. Da igual. También eso es «cultura», y hasta lo es más que una novela o un poema lírico. ¿Cómo ser «culto», «medianamente culto», sin estar al tanto de esa vasta, compleja, abigarrada panoplia de conocimientos? ¿Cuánto hay que leer para no ser del todo analfabeto? Los tres mil libros del profesor de Literatura, y por lo que se refiere a la literatura, podrían quedar reducidos a mil, a quinientos incluso, y ello supondría renunciar a Virgilio, a Dante, a Voltaire, y olvidarse de Rabelais, de Rilke, de Whitmann. Digamos quinientos libros de literatura, con el sacrificio de media humanidad creadora. De bastante más de media. ¿Filósofos? Algo conviene conocer de primera mano: un poco de Platón, de Marco Aurelio, de Descartes, de Spinoza, de Hegel, de Nietzsche, de... Las «ciencias»: ¿qué? Con las «ciencias» —admito los preciosos tebeos antropológicos de Lévy-Strauss, las doctas «lecturas» de Althusser, el Piaget psicólogo— hay que recurrir al manual de divulgación...

No es humanamente posible ser «culto», a estas alturas. Por mucho empeño que pongamos. Nuestro «analfabetismo», si bien se mira, es prodigioso. Por falta de «capacidad»: de tiempo ante todo. Si me apuran, yo lo situaría en el término «tiempo». Si profesor universitario que Escarpit condenaba a la lectura de tres mil libros llegase a leerlos, sólo resultaría ser un buen «profesor de Literatura». Pero no una «persona culta». Una ya archivada polémica tangente con el tema, y plantificada por el profesor Snow, aludía a las «dos culturas». Emblemáticamente, la «segunda cultura» —la no-humanística, la «científica»— podría cifrarse en el Segundo Principio de la Termodinámica. Ni el Segundo, ni el Primero, ni si hay un Tercero, los Principios de la Termodinámica constituyen un arcano para innumerables «cultos» de Letras. Y la Termodinámica es casi nada, entre lo de la verdadera «ciencia». Hemos de leer eso. Para no ser «analfabetos», hay que leer un poco —algo— de Física y Química, de Medicina, de Ciencias Naturales (y pido perdón por enunciarlo así: era la terminología de mi juventud). ¿Cómo hacerlo? Ya no serían tres mil libros: cinco mil, y me quedo corto... De «cultura general», se entiende. El éxito reciente de las «enciclopedias» viene a corroborar el encuadre de estas perplejidades. La «cultura (industrial) de fascículos», con todo, tampoco es una solución...

Joan FUSTER

Estructuras y Naves prefabricadas
- presupuestos por teléfono -



copre COMERCIAL DE PREFABRICADOS

Mayor de Sarriá, nº 148 1ª A - Tel. 204 09 84 - BARCELONA - 17 -

Descuentos del 20 % hasta el 50 %.

imperio del mueble

MARQUES DEL DUERO, 72 AL 80
PARKING PROPIO
JUNTO CALLEA METRO
PUERTO SECO

12 INMENSAS PLANTAS DE EXPOSICION (18.000 m²).
LA MAYOR EXPOSICION DE MUEBLES DE BARCELONA

estanterías metálicas

MiCARSA

DIVISIONES ALUMINIO
ESTANTERIAS PALETIZACION
ARMARIOS-VESTUARIOS



Villarreal, 122 - Tel. 254961/18 - BARCELONA-11
Arquímides, 188 - Tel. 2980605 - TARRASA